



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

V Domingo de Cuaresma, 13 de marzo de 2016

Multimedia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma (cf. *Jn* 8, 1-11), es tan bonito, a mí me gusta mucho leerlo y releerlo. Nos presenta el episodio de la mujer adúltera, poniendo de relieve el tema de la misericordia de Dios, que nunca quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. La escena ocurre en la explanada del Templo. Imagináosla allí, en el atrio [de la basílica de San Pedro]. Jesús está enseñando a la gente, y llegan algunos escribas y fariseos que conducen delante de Él a una mujer sorprendida en adulterio. Esa mujer se encuentra así en el medio entre Jesús y la multitud (cf. v. 3), entre la misericordia del Hijo de Dios y la violencia, la rabia de sus acusadores. En realidad ellos no fueron al Maestro para pedirle su opinión —era gente mala—, sino para tenderle una trampa. De hecho, si Jesús siguiera la severidad de la ley, aprobando la lapidación de la mujer, perdería su fama de mansedumbre y bondad que tanto fascina al pueblo; si en cambio quisiera ser misericordioso, debería ir contra la ley, que Él mismo dijo que no quería abolir sino dar cumplimiento (cf. *Mt* 5, 17). Y Jesús está en medio de esta situación.

Esta mala intención se esconde bajo la pregunta que le plantean a Jesús: «¿Tú que dices?» (v. 5). Jesús no responde, se calla y realiza un gesto misterioso: «inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra» (v. 7). Quizás hacía dibujos, algunos dicen que escribía los pecados de los fariseos... de cualquier manera, escribía, estaba en otro lado. De este modo invita a todos a la calma, a no actuar inducidos por la impulsividad, y a buscar la justicia de Dios. Pero aquellos malvados insisten y esperan de él una respuesta. Parecía que tenían sed de sangre. Entonces Jesús levanta la mirada y les dice: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la

primera piedra» (v. 7). Esta respuesta desubica los acusadores, los desarma a todos en el sentido estricto de la palabra: todos depusieron las «armas», o sea las piedras listas para ser arrojadas, tanto las visibles contra la mujer, como las escondidas contra Jesús. Y mientras el Señor sigue escribiendo en la tierra, haciendo dibujos, no sé..., los acusadores se van uno tras otro, con la cabeza baja, comenzando por los más ancianos que eran más conscientes de no estar sin pecado. ¡Qué bien nos hace ser conscientes de que también nosotros somos pecadores! Cuando hablamos mal de los otros —todas estas cosas que nosotros conocemos bien—, ¡qué bien nos hará tener el coraje de hacer caer en el suelo las piedras que tenemos para arrojárselas a los demás y pensar un poco en nuestros pecados!

Se quedaron allí solos la mujer y Jesús: *la miseria y la misericordia*, una frente a la otra. Y esto cuántas veces nos sucede a nosotros cuando nos detenemos ante el confesionario, con vergüenza, para hacer ver nuestra miseria y pedir el perdón. «Mujer, ¿dónde están?» (v. 10), le dice Jesús. Y basta esta constatación, y su mirada llena de misericordia y llena de amor, para hacer sentir a esa persona —quizás por primera vez— que tiene una dignidad, que ella no es su pecado, que ella tiene una dignidad de persona, que puede cambiar de vida, puede salir de sus esclavitudes y caminar por una senda nueva.

Queridos hermanos y hermanas, esa mujer nos representa a todos nosotros, que somos pecadores, es decir adúlteros ante Dios, traidores a su fidelidad. Y su experiencia representa la voluntad de Dios para cada uno de nosotros: no nuestra condena, sino nuestra salvación a través de Jesús. Él es la gracia que salva del pecado y de la muerte. Él ha escrito en la tierra, en el polvo del que está hecho cada ser humano (cf. *Gén 2, 7*), la sentencia de Dios: «No quiero que tu mueras, sino que tú vivas». Dios no nos clava a nuestro pecado, no nos identifica con el mal que hemos cometido. Tenemos un nombre y Dios no identifica este nombre con el pecado que hemos cometido. Nos quiere liberar y quiere que también nosotros lo queramos con Él. Quiere que nuestra libertad se convierta del mal al bien, y esto es posible —¡es posible!— con su gracia.

Que la Virgen María nos ayude a confiarnos completamente a la misericordia de Dios, para convertirnos en criaturas nuevas.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos, provenientes de Roma, de Italia y de diversos países, en particular a los peregrinos de Sevilla, Friburgo (Alemania), Innsbruck y de Ontario (Canadá).

Saludo a los voluntarios de la Casa «*Mater Dei*» de Vittorio Veneto. Saludo a los numerosos grupos parroquiales, entre los cuales los fieles de Boiano, Potenza, Calenzano, Zevio y Agrópoli.

Así como a los jóvenes de tantas partes de Italia: no puedo nombrarlos a todos, pero recuerdo a los de Compiobbi y Mozzanica, a los de la Acción católica de la diócesis de Latina-Terracina, Sezze- Priverno, a los recién confirmados de Scandicci y de Milán - Lambrate.

Y ahora quisiera renovar el gesto de regalaros un Evangelio de bolsillo. Se trata del Evangelio de Lucas que leemos los domingos de este año litúrgico. El librito lleva como título: «El Evangelio de la Misericordia de San Lucas»; de hecho el evangelista reporta las palabras de Jesús: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (6,36), del cual fue tomado el tema de este año jubilar. Os será distribuido gratuitamente por los voluntarios del Dispensario pediátrico «Santa Marta» del Vaticano, y por algunos ancianos y abuelos de Roma. ¡Cuánto mérito tienen estos abuelos y abuelas que transmiten la fe a los nietos! Os invito a tomar este Evangelio y a leerlo, un pasaje cada día; así la misericordia del Padre habitará en vuestro corazón y podréis llevarla a todos los que encontréis. Y al final, en la página 123 están las siete obras de misericordia corporales y las siete obras de misericordia espirituales. Sería bonito que os las aprendierais de memoria, ¡así es más fácil hacerlas! Os invito a tomar este Evangelio, para que la misericordia del Padre se haga obra en vosotros. Y a vosotros, voluntarios, abuelos y abuelas que distribuiréis el Evangelio, pensad en la gente que se encuentra en la plaza Pío xii —se ve que no ha podido entrar— para que ellos también reciban este Evangelio.

Os deseo a todos un feliz domingo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta la próxima.